

CONCIENCIA.

(EDUCACION DE LA)

Eduate illos in disciplina, et correptione Domini.

Educad á vuestros hijos, corrigiéndolos é instruyéndolos segun el Señor.

(EPHES. VI, 4)

Se ha hecho casi vulgar, por tan generalmente admitida, la verdad que en los cuidados que exige la tierna infancia, su cultivo no debe ocupar más que el segundo orden, porque la prenda de capacidad é inteligencia enteramente es inferior á la virtud, y, segun sentir de un escritor del siglo pasado, «el talento sin la virtud no es otra cosa que un presente funesto, propio únicamente para poner más visibles nuestros vicios.»

La ciencia que con preferencia y más que las demás otras debe cultivarse, es la ciencia que tiene la virtud por objeto. Pero aún así, la ciencia sola por sí misma ¿no es de todo punto estéril cuando se ciñe á la simple y teórica estimacion de aquello que los retóricos llaman lo agradable y grande en las costumbres?

Lleno está el mundo de esos entes que sobre puntos de moral disertan científicamente, aunque permanezcan ligados por algun vicio habitual de inmoralidad, inciensan y bendicen la virtud que entristecen á sangre fria, y despedazan con sus actos todos los dias. Muchas veces hombres tal vez más engañados ó seducidos que culpables, se creen sinceramente virtuosos, porque en ocasiones se enternecen por ó con la virtud. Están persuadidos que tienen bastante religion, porque tienen consideracion y miramiento por todo lo que es religioso, y verdaderamente podrian ser santos, si ejerciera la santidad sus maravillosos efectos en las distracciones que ofuscan la inteligencia.

Mas no se conserva la virtud en la inteligencia ni juicio, como tampoco en lo sensible del corazon, en el que se forma, madura y alimenta la verdadera, y ésta solo se halla en la conciencia. Son, á no dudar, poderoso auxiliar de la conciencia virtuosa las luces del entendimiento, rectitud de juicio y bondad del corazon, pero siempre no son más que tributarios obligados de esta suprema facultad que representa un poeta latino como sentado sobre el sòlio del alma para dirigir sus actos y designar sus deberes.

De aquí, señores, sacamos esta rigurosa conclusion: la primera obligacion de los que tienen á su cargo la direccion de la juventud es aquella que tiene por principio la conciencia. Esto es lo que me propongo demostraros despues de implorar la gracia necesaria:
A. M.

1. ¡La educacion de la conciencia! Quizá la union de estas dos palabras os parece extraña, señores; no obstante, me propongo hacer ver que nada hay más natural, más íntimo y más necesario que esta union.

A pesar de la degradacion de nuestra naturaleza por la caida primitiva, el niño nacido en el seno del cristianismo desde luego tiene en su conciencia rectitud, ó diré mejor, discernimiento del bien y del mal, que pocas veces le engaña, cuando apenas algun interés ha tenido en engañarse á sí mismo. Esto es lo que hace que en general se puede considerar como infalible el concepto de una reunion de jóvenes cristianos y puros acerca de las circunstancias ó defectos de sus iguales, de la justicia ó errores de los maestros, y estimacion moral de todos los hechos ofrecidos á su vista. Pero, si almas tan tiernas no se ponen á cubierto de la seduccion, mentira y engaño de la pervertida naturaleza, inmediatamente se deprava la rectitud de su sentido, cuando ménos respecto de su propia conducta.

Como todos tienen en el corazon el gérmen de la concupiscencia que les precipita en las más ó ménos reprehensibles acciones, buscan como disfrazar su malicia por seguir en ella más á su voluntad. Llegado á tal punto, si no está alumbrada su conciencia, bien sostenida y fortificada por los envites y ataques sin descanso de sus culpables inclinaciones, no se desenvuelve en proporcion de las potencias del alma y facultades del cuerpo; esta luz, débil y flaca como todo lo que es de la infancia, se oscurece; la delicadeza del tacto moral se enerva; se desvirtua, por la misma práctica de sus actos, la repugnancia espontánea de los que se le prohiben, y sucumbe la conciencia bajo el peso de la costumbre que viola sus leyes. A la par de esta conciencia recta, franca y sensible, se forma otra astuta, simulada y perversa.

Semejantes jóvenes cometen el mal, y para continuarlo despues, se ocultan, mienten para ocultarlo mejor, se endurecen cuanto más mienten, y acaban por animarse unos á otros y más obstinarse. No lo disimulemos. Tal será el estado de la infancia, y tal seria sobre todo el de la juventud en el seno de toda institucion en donde la educacion de la conciencia no ocupe con preferencia la solicitud de sus

directores, y en orden á los deberes la suprema atención que le es debida.

Aquellos, pues, que se persuaden que todo está hecho respecto de la juventud que se les ha confiado, cuando observan con exactitud una disciplina conforme, no comprenden ni entienden cuales son los primeros elementos de la educación. Sin dificultad es indispensable la disciplina, especialmente en la educación pública. Es indispensable á los directores y maestros á quienes facilita su acción, del mismo modo que á los discípulos, para enseñarles el orden, obediencia y puntualidad. Pero por sí mismo no es más que un mecanismo al estado de autómeta, cuando todas las partes que le mueven no tienen actividad por sí mismas, y que no obedecen á la causa motriz sinó forzosamente lo que les entrega, cierra y remueve.

La conciencia es la vida del alma, porque solamente en ella se forma la espontaneidad de sus actos, y de ella también sale el mérito de ellos. Cuando la observancia de tal disciplina no es sinó efecto material de la violencia y afectación, probará la fuerza ó habilidad de aquellos que la imponen, y no probará nada en los que la observan. La imposibilidad de un jóven para abandonar la situación elegida por la voluntad paternal, puede en algun modo y temporalmente contenerle para no caer en extravíos groseros, ó ser comprometido y revoltoso, porque no se sufriría ni aún en las casas de educación más tolerantes; pero para el jóven siempre es un freno que roe con impaciencia, como una cadena que contiene en apariéncia sus visibles acciones, que no placiendo de modo alguno sus sentimientos interiores, le permite dentro del círculo de actos imperceptibles á la disciplina, seguir sus inclinaciones réprobas. Cuando la ocasión no le permita lo que ambiciona, se reintegrará con la esperanza de más tarde satisfacer su deseo.

Tanto como las leyes locales le tolerarán, atemperará á los desórdenes que se promete por aquellos que ya le son posibles. Con tal aspecto de cosas, fácilmente hallará condiscípulos que participarán de sus temerarias inclinaciones y deseos ardientes y criminales. Por este medio el pestífero gérmen llegará, como desgraciadamente llega, á corromper una juventud numerosa y brillante, y que digna de mejor suerte, se encontrará en poco tiempo marchitada y acaso perdida para siempre.

Visitad, señores, ese mundo industrial, vereis establecimientos preciosos en donde el plantel de ambos sexos está sometido á la disciplina con tanta exactitud como si fueran máquinas de las que no son sinó como una parte accesoria. Entrad por esos hermosos talleres;

examinad de cerca cuanto se llama prosperidad material de las naciones, y decidme si á esta disciplina tan organizada no está unida bien á menudo la inmoralidad más profunda, deplorable y degradante.

Luego no es moral la disciplina; luego la disciplina puede existir con su lujo imponente y demás minuciosas exigencias, sin que en el fondo haya la menor moral. Hay más. La disciplina, siendo sola, aún puede ser funesta á la moral por el hecho mismo que parece suplirla, y que alucinado y contentándose con una exterioridad irreprochable las personas de luces superficiales, que son la mayor parte de los del día, permite que el mal reine en paz para devorar sin oposición ni resistencia los más preciosos dones de la naturaleza, muchas veces con los tesoros señalados de una maternal educación.

Una institución esencialmente moral es aquella en que se cuida de formar á los discípulos á la virtud con las más íntimas disposiciones del alma, más que de arreglar la conducta exterior, por la que se trata de embellecer el cuerpo y mancillar el corazón para delante de Dios; y más todavía que de aquello que honra ó compromete á los hombres. Aquella en que los discípulos aprendan á temer el vicio de cualquier color que sea, y mucho más por lo que en sí tiene de odioso, que por la corrección y castigos de institución que ciertos actos tienen ya señalados. En donde, por último, el orden exterior y material bien establecido, no es más que producto y como un reflejo del orden que rige las almas más por una sumisión dócil de la voluntad al cumplimiento de la ley del deber, que el de hacer lo que Dios nos manda. Luego, semejante institución ¿cómo se ha formado así sinó por la educación de la conciencia?

Por esto no se deben limitar á estas consideraciones puramente espirituales los otros motivos de emulación é inclinación para hacer el bien. No es ángel el hombre, y para gobernar su conciencia, y cautivar tanto como le sea posible las demás potencias del alma, es necesario llegar á ella y pasar por sus sentidos. Así pues, las inocentes glorias unidas al suceso, las plazas distinguidas acordadas al mérito, las recompensas distribuidas en prueba de satisfacción, deben por su oposición con las penas aplicadas á la pereza, y los castigos á la disciplina, servir de ayuda á las serias consideraciones y directas exhortaciones que conducen á la virtud.

Prueban bastante estas coronas que no despreciamos tan preciosos auxiliares; pero deseamos que estos movimientos exteriores contribuyan siempre, indirectamente cuando ménos, á la educación de la conciencia, y no tememos decir que, dirigidas en contrario sentido,

serian funestas. Nada hay á propósito que más deprave el concepto moral, que los premios ó castigos, la correccion ó incitaciones, aplicados de otro modo que el que determina el mérito real y los otros actos que son sus corolarios.

Por lo tanto, un preceptor que se indigne de alguna expresión de poco respeto para con él, y tímido para reprender severamente las palabras blasfemas contra Dios; que castigue inconsideradamente los pueriles movimientos de una juventud sin reflexión, y al mismo tiempo cierre los ojos sobre una conducta simulada y depravada; que despliegue energía en cosas pequeñas por la regularidad material, al paso que una criminal indiferencia sobre el cumplimiento de los deberes religiosos, ¿no destruirá en un todo el orden que indica las reglas de una sana y recta conciencia, en particular de aquellas almas cristianas ciertamente?

Nos atrevemos á decir que la ternura filial no está siempre á cubierto de estos sensibles extravíos, aplaudiendo mucho más las acciones materiales, que el mérito de una sólida virtud. Con facilidad se consuelan de la aflicción que sufre la inocencia ó la fe, con tal que en esto mismo vean lo que alimenta la vanidad y la sonrisa de esperanzas de enriquecer y de fortuna.

Señores, no disimulemos que aquí van envueltos graves errores; y cuando se propagan hasta contaminar con ellos todo un pueblo, acarrearán más tarde dolorosas convulsiones, de las que hoy día somos testigos nosotros mismos y justamente cuidadosos. También hay otra prueba de verdad, que lo que se siembra en la juventud es lo que se recoge en más madura edad; y por el movimiento impreso en la generación adolescente, se determina el carácter de ésta cuando llega á la edad viril.

Luego, pues, ¿dónde estamos, señores? ¿En dónde está aquí el mundo social? ¿no oímos todos un prolongado gemido, especie de grito que atemoriza, de esa profunda inmoralidad que casi parece increíble se ha propagado á todas las clases, y que aún se ha hecho el móvil universal para las más de las operaciones de alguna consideración? ¿Cuál es precisamente el punto de tan profunda é incómoda moralidad? Este es, señores; que en todos los grados de la gerarquía social, y acaso en los más elevados, el único y solo interés consiste en un egoísmo desmesurado y suceso material del suelo, que equivale á hacerse rico.

Hay, sin duda, hechos y proyectos loables, tan puros por sí mismos, como el fin á que se encaminan, y á nuestro alrededor habrá ejemplares que podríamos citar; pero, en general, que sean ó no legi-

timos y legales, premio de un verdadero mérito, ó que se violen sagrados derechos que contribuyan al bien público ó acarreen alguna calamidad, consiguiendo lo que se proponen, todo es bueno y nada les importa, suceda lo que quiera. Se olvidan de todo, de medios empleados, promesas aseguradas, y lo peor, se quebranta el juramento prestado sin temor ni pudor. Sobre puntos de moral no se tiene el menor cuidado, remordimiento, ni apariencia de inquietud. Se consigue lo que se pretende, y aquí se encierra todo.

¿Es posible que así se comprenda y se acepte por la mayor parte de las gentes del mundo? Hay, sí, mas en corto número, que sirven al Señor y se niegan á dar incienso á este nuevo Baal que llaman éxito, gimen y se compadecen de este culto profano del derecho al hecho; pero también es cierto, que aquellos que componen el gran número, no ven, ni desean, ni prosiguen, ni adoran sinó una sola cosa, esto es, satisfacer y saciarse con los personales y materiales intereses.

Siempre fué el egoísmo la grande tentación de la frágil y humana naturaleza; pero tentación de las personas y no tendencia general de la sociedad arrebatada y toda furiosa, que se mueve por una fuerza de inevitable disolución. Hoy mismo, ¿no se ve que tiende hasta naturalizarse con las costumbres públicas? ¿No se le ve que sin empacho ni rubor domina é influye en las más graves cuestiones, intereses generales, y en la decisión de la suerte futura del país? Aquellos mismos que más le afean, con frecuencia son los más arrojados á autorizarle y legitimarle con hechos escandalosos. Y con un pueblo tan concienzudo como es el nuestro, que debiera encontrar su tranquilidad y seguridad en sus instituciones; ¿no es de ellas de dónde sale este movimiento ascendiente que le causan los más profundos y dolorosos trastornos? Sobre todo, ¿no es por aquí por donde recibe el pestífero tósigo del egoísmo que circula por todas sus venas, y conforme á la palabra de la Escritura, le tienen enfermo y doliente, desde el vértice de la cabeza á la extremidad de los piés? *A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas* (ISAÍ. 1, 6).

Señores, no abusaremos de la ventaja triste que nos ofrece en nuestras opiniones conocidas ese lamentable estado de los pueblos. Tampoco indagaremos en saber si esta depravación profunda de la generación que hoy reina sobre las familias y toda la sociedad, será ó no el desarrollo simple del germen depositado en la educación que se ha recibido; pero, hablando en general y rechazando toda idea de aplicación particular, diré solamente, que sea lo que sea, una educación en la que la conciencia no esté constantemente en primer lugar, ó que solo las cualidades que distinguen y lisonjean serán las esti-

madas, estimuladas y recompensadas; que la virtud que, por lo mismo que santifica, moraliza, no alcance más que desden y olvido, ó se disfrace quizá con el aparato de algun elogio y cuidado de pura forma, diré, repito, que semejante educacion, si llegase á generalizarse en la nacion, seria indispensablemente como la sociedad de que acabo de trazar, aunque imperfectamente el bosquejo amenazador, y en la que no hay pudor, ni vergüenza, ni remordimiento, porque no hay conciencia y tampoco principio que sirva de base.

Para nosotros tiene una conviccion de tal manera profunda, y á nuestro modo de ver, la sociedad una necesidad tan grande, que todos nuestros esfuerzos los dirigimos á que esta verdad se inculque y haga prevalecer por todas partes en donde nuestra influencia pueda y deba ejercer. Cualquiera que sea el respeto y la aficcion que profesamos á las ciencias, letras y artes, desaparece en presencia del mérito de las sanas costumbres, y el premio debido á la virtud. Cuando se trata de purificar, fortificar y preservar las conciencias, no hay sacrificio á que no estemos dispuestos, por grande que sea.

En nuestras casas de enseñanza, se ven frecuentemente individuos distinguidos, y son virtuosos al mismo tiempo, porque nada hay más ventajoso á la inteligencia que la calma interior de un alma pura. Si sucediera que un jóven meritorio en sus cursos no estuviese seguro en su conducta, y por otra parte muy exacto en lo general de la disciplina, diese sérias inquietudes por sus actos privados y secretas relaciones, y que no obstante el mucho cuidado de paciencia y paternidad, no volviera á la práctica que exigen la conciencia y vida virtuosa, fuese un prodigio de inteligencia y capacidad, leereis en las memorias de esta tal casa, que un discípulo como el que acabais de oír su panegírico, no puede continuar en ella; y teniendo en consideracion el respeto que se debe á su familia, ó á él mismo por su porvenir, le despedimos para siempre de este modesto recinto, y sin sentimiento de su ausencia se reserva á los otros el goce de complacerse de sus talentos, y procurarse sus ventajas dadas á la sociedad. Por lo demás, es menester no forjarse ilusiones. No es este género de sacrificio el que solo exige la séria educacion y la sinceridad de la conciencia. Humanamente, nada hay para este ministerio que sea ni más ingrato ni más espinoso.

2. No es mi intencion por esto de perjudicar en lo más mínimo al mérito de aquellos que se dedican á la instruccion; estoy muy léjos de eso, sobre todo teniendo tanto motivo de congratularme del celo y talento de los distinguidos profesores que nos rodean. Es menester confesar, sin embargo, que no dirigiéndose un profesor más que á la

inteligencia, no tiene otro cuidado que el de fijar y llamar la atencion de la juventud curiosa por casos que, por lo comun, son de naturaleza para cautivarla. Su leccion ó clase concluye, queda sin responsabilidad en su vida privada, disfrutando de las delicias de un estudio pacífico y solitario. No así para el director á quien incumbe la obligacion de vigilar y celar la conducta de discípulos y otros, y como tal, su tarea es continua y no tiene término. Nada se hace ni pasa que sobre é no pese la responsabilidad. El silencio, estudio, agitacion indispensable de la ruidosa recreacion, los desahogos alegres en los paseos, la quietud y peligros de la noche, y otras mil atenciones, están sujetas á sus funciones.

Aquí no se hab'a sinó de los cuidados generales, y éstos están distantes aún de bastar para la educacion de la conciencia. Cada discípulo necesita una atencion particular; avivar la dejadez de unos, moderar la vivacidad de otros, animar á los indiferentes, y dar energía á los de alma sensitiva, y todo por modos en sí distintos. Se debe alcanzar el respeto de todos y ganar la confianza de cada uno, á fin de añadir á las recomendaciones ciertos avisos personales, que despues de íntimas confidencias se comunican en secreto, y sin estragar, humillar ni intimidar el alma, penetran y la depositan como un preservativo poderoso contra las inclinaciones temibles de la naturaleza ó costumbre adquirida.

Pregunto ahora, señores, ¿quién querrá resignarse, sacrificarse y sujetarse, no de palabra, sinó por obra; no por un solo dia, sinó para siempre, á tan increíble trabajo, no siendo el que conoce, comprende y aprecia el premio de las conciencias? Mucho más porque es un ministerio tan ingrato como penoso, dejando aparte uno de los mayores cumplido. No hay socorro en este cargo, ni por los alumnos que se contristan viéndose atacados en sus inclinaciones dominantes, ni de parte de las familias, porque se cuidan poco de esta perfeccion interior, ni del mundo, porque ignora cuanto cuesta conservar la inocencia en el corazon de los jóvenes.

Hagámosles, pues, justicia. Realmente no hay más que los hombres concienzudos que quieren y pueden ocuparse de las conciencias; y en este punto apenas si hay más que aquellos de una fe viva, porque en ella está el precio efectivo, segun dice S. Pablo: un valor sustancial á las cosas invisibles. *Fides est sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* (HEBR. XI, 1). Y en efecto; ¿qué hay sobre la tierra fuera de la fe católica que no sea bienes perecederos, motivos insignificantes y consideraciones de poca importancia? ¿Qué haria un maestro sin el auxilio firme de una fe clara y predom-

minante? Se reduciría á lo exterior, y como ya se ha dicho, haría, no la educacion, sinó la disciplina. Se ha conocido que en último caso, con la energía y destreza, bastaría la disciplina para dar á una institucion aquel aspecto imponente que le grangearía felicitaciones, estimacion y crédito honroso. Pero de nuevo repito, que nosotros no entendemos así los deberes respecto á la juventud.

Conoceis, señores, la definicion del hombre justo, que atrajo á Euclides, poeta, los aplausos de toda la asamblea ateniense: «No quiere parecer justo: quiere serlo.» Es Aristides á quien aludia el actor bajo el velo de un figurado personaje, que todo el pueblo comprendió al momento.

Señores, triste mérito de los cristianos el ponerle en paralelo con la moral pagana. Sin tener la menor vanidad podemos, pues, aplicar á nuestras obras de educacion católica la máxima que el poeta Eleusis proclamó, hace más de dos mil años en un teatro profano, si queremos, no que nuestros alumnos parezcan virtuosos, sinó que lo sean realmente. Y ciertamente, ¿no tenemos tambien en el simple querer así motivos más poderosos que los del mundo?

Sin la menor duda, la interior y real virtud, y virtud de conciencia, es la primera necesidad y deber del hombre considerado en su misma y pasajera vida sobre la tierra. Si no tiene virtud más que en apariencia, está en guerra abierta consigo mismo, sin estarlo totalmente con todo el género humano. ¿Esta presente vida encierra toda nuestra suerte? ¿Es más que como una avenida de la vida verdadera? Como dice la Escritura, ¿no somos los hijos y coherederos de los santos? Luego no es la apariencia de la virtud, sinó solo su realidad que hace los santos. ¿Por qué, pues, admirarse de nuestros principios absolutos por la educacion de la conciencia, y de la repugnancia invencible de todo sistema de educacion que no tenga por base y fundamento la conciencia?

¿Es porque es vana la fe cristiana, ó porque su sacerdocio es un impostor? ¿Qué! ¿la vida eterna no es el objeto único de nuestros desvelos, y el de nuestro santo ministerio la salvacion de las almas? Y este soberano bien ¿puede alcanzarse de otro modo distinto que por una conciencia pura y la simplicidad de la verdadera virtud?

Se dice que los hombres ven lo que parece material, pero Dios ve los corazones: *Homo videt ea quæ parent, Deus autem intuitur cor* (I. REG. XVI, 7); y así, despues de esta mirada con que excudriña las almas, distribuye sus gracias en esta vida y la gloria en la otra. Pues bien, tambien nosotros, en cuanto nos permite hacer nuestra flaca naturaleza, con el auxilio divino observamos los corazones, dirigimos

las almas y establecemos en ellas el gusto recto, las sanas costumbres y el imperio de la virtud. Si por simple excepcion se cometiese algun acto vicioso en un asilo de inocencia, entre cuantos le habitan no se vería sinó que un movimiento espontáneo, y se oiria una voz general de vituperio para afearle y detestarle. Algunas veces se ha elogiado imprudentemente á no sé qué empeño solidario, por el cual los alumnos de un mismo establecimiento se prometian sostener recíprocamente cualquiera que fuese su falta, y á esta conducta han querido distinguirla con el título de lealtad y delicadeza.

No tememos decirlo: hay en esto una inmoralidad muy culpable; y una institucion en la que se mantenga en vigor un acto tan criminal á Dios, se perderá la educacion y se perderá la casa. Jamás debe estimularse la delacion; al contrario, es preciso prohibirla y castigarla, y enseñar á los jóvenes á no juzgar de los defectos de sus discípulos sinó con prudencia é indulgencia. No quiere decir esto que pueda y deba juzgar bien de cuanto vea hacer indistintamente, y que confunda por la misma razon la franqueza con la mentira, el desorden con la disciplina subordinada, la inocencia con el delito y la virtud con el vicio.

Señores, no nos abstendremos de calificar esta conducta con la severidad que merece. Bastará repetir por tercera vez, que no es así como entendemos la educacion. Sépase por todo el mundo: si en cualquier tiempo nos sorprendiera el menor incidente de semejantes hechos, inmediatamente se destruyeran, porque sin titubear ni vacilar se despediria de la casa aquel que osara propagar principios tan detestables. Queremos que la cara juventud no tenga ni conozca más amistad que aquella cuyo principio es el amor de Dios, su divina ley la regla, y la santa union su último fin. Queremos que, léjos de ligarse á personas hasta el punto de desconocer sus defectos, se esfuercen en resistir á la influencia que pueden ejercer sobre ellos sus malos ejemplos, de cualquiera especie que sean, y más tarde puedan distinguir de cerca el cuadro triste del mundo sin conmovirse ni contaminarse por sus escándalos, seducidos con sus discursos, ni dejarse arrastrar por el torrente de las malas costumbres.

Con efecto, para precaverse y que no se arrojen á tan sensibles caos, es menester que en sí mismos tengan un contrapeso más poderoso, y que el amor propio de su deber sea más eficaz en su voluntad que los atractivos ilícitos y los incentivos del humano interés. Para esto, señores, basta que la vista divina que penetra en lo más íntimo, obre en ellos con más fuerza que las miras de las criaturas y otras consideraciones, que viene á ser lo mismo, que tener una sana y

buena conciencia. Y esto es justamente, caros jóvenes, lo que con fervor pedimos al Autor de todo bien para vuestro presente y venidero. No queda duda: todos os alistareis en esta milicia santa, en la que se está siempre en guerra permanente contra los enemigos de la conciencia. En donde quiera que la divina Providencia os coloque, sea cualquiera vuestra profesion y estado, tened una conciencia pura, sencillez y realidad todo interior, á fin de no aparentar exteriormente la virtud que no poseeis, y así os asegurareis la eterna salvacion; y despues de vivir felices en la tierra, lo sereis igualmente en la otra vida, gozando de una vida y gloria inmortal.

Persuadios además, que para manteneros con fidelidad y perseverar, os costará combatir sin un momento de reposo. No sucede como en lo mundano, que se premia el fraude y se ve desgraciadamente triunfante la tranquilidad en una paz aparente. Si constantes y firmes en los sanos principios y rectas costumbres que os han sido comunicados con la educacion cristiana, preferireis en efecto perseverar en la conciencia arreglada, que está íntimamente unida á las dulzuras deliciosas de infalible y santa esperanza, despreciando con cristiano desdén esas compañías vergonzosas, de quienes su galardón siempre es la culpa y su paz engañosa, incierta y de apariencia. Para nosotros, hijos míos, y no lo repetiremos bastante, aquí está cimentado el bien sólido á que se dirigen nuestros esfuerzos para asegurárosle. Si somos tan dichosos en participaros tanto y tan gran beneficio en medio de una época medrosa de su misma corrupcion, que formemos tantos católicos sinceros como tenemos de discipulos, nos convencemos de que servimos con celo la religion, y de que á la pátria prestamos un servicio sin comparacion el mayor que podemos hacerla.

COSTUMBRES.

(LA CORRUPCION DE LAS)

Videte itaque, fratres, quomodo cauté ambulatis..... quoniam dies mali sunt.

Mirad, pues, hermanos, que andeis con gran circunspeccion..... porque los dias son malos.

(EPHES. v, 15, 16.)

Si hubo jamás un siglo al que pudiesen aplicarse con toda propiedad las palabras del Apóstol, ese es sin duda el nuestro. Porque ¡qué relajacion! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos por todas partes! El Cristianismo parece haber desaparecido con los cristianos que nos han precedido. Contamos ya diez y ocho siglos desde su establecimiento hasta nosotros, y podemos decir que han sido otros tantos escalones por los que han venido descendiendo los cristianos de la virtud y fervor de nuestros padres. Una fe casi extinguida, y una caridad resfriada ó apagada, no ofrecen á nuestros ojos más que cristianos sin alma y sin vida. Los dias están oscurecidos por los nublados del vicio y por las tinieblas del error. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

Toda carne ha corrompido su camino, y apenas hay quien no lleve sobre su frente la palidez de la maldad y del crimen. Las calles y las plazas no resuenan sinó los elogios del placer, ni presentan á la vista más que espectáculos de lujo y lujuria. La bondad, que fué en otro tiempo el carácter y el mérito de nuestros antepasados, es mirada hoy como flaqueza de espíritu; el candor como estupidez; la verdad como imprudencia, y la piedad como supersticion. La malicia, creciendo con la edad, corrompe todas las condiciones y todas las personas. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

En vista de tantos vicios, ¿en qué escalon, en qué hondura de corrupcion nos encontramos en el dia? Yo lo diré, y esto será todo el asunto de mi discurso. Compararé los primeros tiempos del Cristianismo con los nuestros, y esta comparacion nos hará conocer el escalon y la hondura en que nos hallamos y el peligro que corremos de anegarnos. Podrá ser que esa multitud de cristianos, que con tanta serenidad esperan ser admitidos en el cielo, despues de una vida tan